

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 20 de junio

Es un gusto, amigos. Un poco de historia: cuando don José Artigas, derrotado, cruza el río hacia el Paraguay, tal vez, tal vez todavía no sabía que se congelaba el más hondo mensaje político y social, y *social*, lo subrayo, que pudo levantarse por aquellos años de la historia de América del Sur. Allí en ese trance, porque Artigas buscaba en el Paraguay el centro de sus recursos para continuar la lucha y no pudo lograr de Paraguay, por una serie de razones, que el Paraguay, siempre desconfiado del sur, saliera de su política de aislamiento. Y tal vez cometiera un error histórico —no podía saberlo—, que iba a estar en la base que hizo posible la brutal agresión que sufrió un día con la guerra de la Triple Alianza.

Pero allí, en ese cruce, los últimos que se ofrecieron para continuar en la lucha fueron los indios abipones de El Chaco, y allí, en ese trance, despidió a toda la gente que lo acompañaba y se internó en la soledad, repartió los bienes materiales que le quedaban y juntó las últimas onzas y se las envió a los compañeros presos que estaban en Río de Janeiro. Le entregó su haber a un gaucho voluntario que cumplió con esa misión. No los olvidó en este, su gigantesco gesto republicano, republicano sobrio, solidario, porque es un luchador que rechazó las posibilidades de un exilio confortable, que pudo haber sido en Inglaterra o pudo haber sido en Estados Unidos, y prefirió refugiarse en la hondura de la selva paraguaya, allí, en el corazón de la América guaraní.

Si imagináramos ese escenario y lo obligáramos a las pinturas que nos hizo Larrañaga cuando visita Purificación, y a otros viajeros ingleses vendedores de armas, que nos dejaron sus páginas memorables y las descripciones de la “redota”, sobran por todas partes imágenes republicanas sobrias, de un señor entrado en años, desafecto a la pompa y al lujo que vaya que se platicaba en otras partes en esa época, basta recordar la entrevista de Sarratea que parecía vestido como un dios, y Artigas enfrente como un gaucho de la época. Porque no hay un Artigas, hay varios, hay varios de acuerdo a las necesidades de cada tiempo y de cada época, cuando le piden a Blanes que pinte lo que nos llegó como una imagen de señor fuerte de brazos cruzados, Blanes escribió —recuerden— “esto se parece tanto como una nuez a un zapallo”, con respecto a lo que es la realidad. Y así fue, el Uruguay por sus luchas internas, naciente, recién en la generación de Bauzá de Santos, muchos años después de haber abominado visiblemente con la historia del artiguismo tuvo que recurrir —inventó— a un Artigas de bronce porque lo necesitaba para la unidad nacional, siempre cambia la perspectiva histórica. Hay sí un crudo Artigas republicano de entrada independentista y antimonárquico y con una visión federal, pero se escamotea el Artigas social, el más profundo, el más cercano de los más humildes de ese tiempo, que son los indígenas, obviamente. Y el Artigas que no usa la libertad a los negros en el sentido principista, sino que, como hombre de guerra, aquellos que abrazan la causa de la revolución. Y ha sido por ello criticado, pero sepamos, como verdad histórica, que Artigas fue reiteradamente negado después de su caída por lo más paniaguado de sus compañeros de guerra de su tiempo, y esa negación es consecuencia del mensaje social del artiguismo. Porque fue el primero —como señala Alvear— el primero que entre nosotros conoció el partido que se podía sacar de la brutal imbecilidad de las

clases bajas haciéndolas servir en apoyo de su poder para esclavizar las clases superiores. Sí. Es el fundador del federalismo y del republicanismo y de la idea de alejarse de las visiones monárquicas, es el jaqueador del poder porteño, pero es el portador del mensaje social, y esto no se lo pudieron perdonar jamás.

Manuel Oribe, al abandonarlo en 1817, va a aducir que no podía seguir sirviendo a las órdenes de un tirano que, vencedor, reduciría al país a la más feroz barbarie y, vencido, lo abandonaría al extranjero. Y Lavalleja le contestará a Alvear en una carta el 18 de julio de 1826: “El general que suscribe —es decir él, Lavalleja—no pude menos que tomar en agravio personal un parangón con Artigas”, que lo degrada, y será Fructuoso Rivera, en una de sus cartas a Pancho Ramírez en 1820, que dirá: “Para que el restablecimiento del comercio tan deseado no sea turbado en lo sucesivo, es necesario disolver las fuerzas del general Artigas, principio de donde emanarán los bienes generales y particulares de todas las provincias, al mismo tiempo que será salvada la humanidad de su más sanguinario perseguidor. Los monumentos de su ferocidad existen en todo este territorio”. Una opinión similar van a volcar integrantes de la dirigencia urbana, la Sala de Representantes de la Provincia Oriental llena de patricios doctores que el 9 de abril de 1827, refiriéndose al artiguismo lo comparan y dicen: “Ya era tiempo que nos presentáramos ante el mundo de un modo digno y que así como desgraciadamente fuimos el escándalo de los pueblos ahora sirviésemos de ejemplo. Si la anarquía nos hizo gemir bajo el yugo de la tiranía doméstica, si ella despobló nuestra tierra y sirvió de pretexto a un extranjero astuto los principios de orden que hoy practicamos contribuirán a construir el país y cerrar para siempre la revolución”. Cerrar para siempre la revolución y el yugo de la tiranía doméstica se refiere a todo el período artiguista, y esta proclama la firman algunos que van a ser presidentes de los orientales, don Joaquín Suárez, Juan Francisco Giró y Gabriel Antonio Pereira. ¡Qué habría pasado...?

Lo que nunca pudieron perdonar, si al principio todos rodeaban la revolución artiguista, es cuando esta fue bajando en sus decisiones el tono social hacia los más débiles y sobre todo no podían compartir la violación del derecho de propiedad de la tierra y la guerra continua que el artiguismo protagonizó. Y fueron desilusionándose y abandonando al jefe, porque en definitiva la revolución afectaba los intereses de las clases altas, y aun a ciertos sectores medios.

El artiguismo había significado el ensayo de una verdadera independencia y naturalmente mucha gente no podía creer en la posibilidad de la independencia. El artiguismo es también entre otras cosas una revolución de carácter social, tal vez la única como señala Halperín, por ahí, en la historia de América del Sur hay que remontarse a Morelos y a Hidalgo en México para encontrar algo parecido. Lo cierto está y así se fue haciendo nuestra historia, nuestras tensiones, y es un hecho tangible la profundidad del mensaje artiguista que va a dividir aguas y no tiene que extrañarnos que al final solo los indios quedaran para seguir acompañándolo.

Raro personaje en la historia de América Latina, en general las revoluciones fueron acaudilladas por patricios, por dirigentes criollos de las clases acaudaladas, y es tal el republicanismo profundo de Artigas que sorprende porque tuvo el coraje de

plantearles la autogestión, poco menos, a los indios cuando dice “recuerden que ellos tienen el principal derecho” y va a tener el coraje de colocar a un indio, Andresito, como gobernador de una de las provincias.

La austeridad, la sobriedad, la sencillez, el paisanismo gaucho, la profundidad de su mensaje republicano, que pudo beber de alguna forma lo más profundo de la revolución norteamericana, lo más hondo de la propuesta federal que de alguna manera llegó a su conocimiento, pero a la que además sumó en el trajinar un mensaje, no solo de libertad, sino además, de igualitarismo y esto se lo reprocharon diríamos, usando los términos de hoy dirían que Artigas era partidario de un pobrismo igualitario, no se lo pudieron perdonar y lo fueron abandonando hasta abandonarlo conceptualmente al punto que hasta 1855, o 1860 pasados muchos años no se animaban ni siquiera a nombrarlo, lo desaparecieron de la literatura oficial.

Pero hay cartas, por ejemplo de cónsules británicos, que establecen que desde dentro de los partidarios de la independencia hay algunos igualitarios que son los artiguistas que no se nombran mientras que existen otros hombres de bien que tal vez luchan por la independencia pero quieren el orden, son los urbanos, el orden y el manejo de la propiedad, mientras que los otros significan el tumulto del anarquismo. Porque este fue un término que también se sembró por todas partes. Quiere decir que en el fondo las luchas artiguistas que están en la fragua de nuestra historia tienen un mensaje muy complejo, hay un algo que le ha servido a cada una de las clases sociales, y a los mojonos y a las necesidades de nuestra historia, pero sigue siendo un mensajero contemporáneo, y moderno, diríamos, por la profundidad, por su sentido de igualdad, dos conceptos básicos: libertad e igualdad, son, precisamente, tal vez, el legado más profundo de las banderas artiguistas.